

Las ideologías no han muerto

ES HABITUAL OIR UNA DEFINICIÓN QUE PARECE PROPIA de este tiempo: asistimos a la muerte de las ideologías.

La afirmación resuena a menudo en ámbitos políticos. Figuras como Menem o Terragno, por ejemplo, la evocan periódicamente cuando sostienen que “no es cuestión de discutir ideologías sino que hay que ser pragmáticos”. Parece dar así por sobreentendido que ya no es época de ideologías.

También hablan de la muerte de las ideologías profesores universitarios, escritores o pensadores, quienes no dejan de señalar que esa agonía hace al mundo —enhorabuena— más tolerante y más racional.

Pero, ¿están realmente en desaparición las ideologías? ¿Es el mundo un poco más tolerante porque mueren las ideologías o porque han perdido vigencia aquellas en las que la tolerancia no ocupa un lugar preponderante?

Cambio de predominio

CON EL DEBIDO RESPETO por opiniones muy atendibles en la materia, creo que hay un matiz de importancia sobre el cual no se insiste lo suficiente: no hay una muerte de las ideologías; sucede que estamos en presencia del reemplazo progresivo de una ideología dominante por otra. Esto es, que —a fines del siglo XX— lo que se observa en muchas regiones del mundo es que el predominio ideológico del socialismo, en sus formas más diversas, cede terreno en favor del liberalismo tras muchas décadas en las que algún tipo de ideario socialista ocupaba el lugar de preferencia.

Ciertamente, el liberalismo es la menos ideológica de las ideologías, si se entiende por esto que es la teoría más tolerante y menos totalizadora de las cosmovisiones (*weltanschauung*) elaboradas por la humanidad hasta hoy.

A esta altura, conviene definir con precisión el alcance de los términos. Raymond Aron señaló con justeza las diferentes connotaciones a que ha dado lugar la palabra ideología. En su obra *Tres ensayos sobre la era industrial*, el pensador liberal francés subrayó “la oscilación entre la acepción peyorativa —la ideología como idea falseada, la justificación de intere-

ses o de pasiones— y la acepción neutra, o sea la puesta en forma más o menos rigurosa de una actitud frente a la realidad social o política”. En ese mismo trabajo, Aron ofrece entonces una definición que parece la más precisa conocida: la ideología es un sistema global de interpretación del mundo histórico-político.

Ideología y política

NADA MÁS LÓGICO, ENTONCES, que los políticos hagan política armados de la ideología que crean más conveniente adoptar. Ello no sólo no es malo; es legítimo y es más sincero para establecer la correcta correspondencia con quienes deben avalar o rechazar las cosmovisiones que los políticos proponen a sus electorados.

Pero sucede también en esta época que resulta incómodo para muchos políticos o intelectuales aceptar que la ideología dominante a la que prestaron adhesión era fundamentalmente errónea y que, en realidad, conviene más utilizar la de quienes sugerían desde hace mucho un enfoque diametralmente opuesto. Por medio de sorprendentes piruetas de la realidad, Felipe González no ha hecho otra cosa que cambiar de ideología sobre la marcha —sin decirlo—, aunque conserve la pertenencia al socialismo en el cual se formó originariamente.

Pasa, sin duda, algo que es humanamente comprensible: muchos políticos o filósofos prefieren que todo el mundo entierre colectivamente las ideologías junto con la que ellos han dejado silenciosamente atrás. Proponen así que, en realidad, las ideologías ya no sirven. Es, seguramente menos ingrato que aceptar con hidalguía que se podía estar equivocado y era necesario cambiar con un giro sustancial.

También los intelectuales

LOS EJEMPLOS DE GONZÁLEZ o de Mitterrand en la arena política tienen su correlato en esferas intelectuales. Cuando en Francia ganaron un gran espacio en la prensa los denominados “nuevos filósofos” —ex-intelectuales de la izquierda que abandonaban las utopías de los paraísos socialistas ante las evidencias de los horrores contra el individuo— sus representantes más conocidos (Bernard-Henri Lévy y André Glucksmann) se inclinaron particularmente sobre la cuestión de la presunta muerte de todas las ideologías.

En realidad, la política no deja de ser un transmisor natural de ideología. Y tal como sostuvo Max Weber, es indispensable asignar un importante papel a las ideas en la explicación de los grandes procesos histórico-políticos.

Con una visión ideológica dominante —el liberalismo— se organizó social y económicamente el país argentino a fines del siglo XIX. Con otra visión ideológica dominante se puso en marcha la economía de Estado —y más globalmente el predominio de lo estatal sobre lo individual— desde los años 40 en adelante. Con la misma óptica del Estado como un dios incuestionable legislaron y aún legislan numerosos diputados y senadores que se

sienten cómodos con la majestad de ese cuerpo cuyos fines aparecen a sus ojos como más nobles que los del simple individuo.

También con una visión ideológica —por último— se puede intentar desandar camino y volver a criterios socioeconómicos que demuestran finalmente que son más aptos para la libertad de cada uno y para el beneficio global de la sociedad. Demasiados ejemplos en todo el mundo bastan ya para tener que abundar en el recuento.

Así, han aceptado cambios ideológicos partidos o líderes individuales, ya sea por medio de declaraciones explícitas —como el día de 1959 en que la socialdemocracia alemana rechazó definitivamente la lucha de clases y la economía planificada en el célebre congreso de Bad Godesberg, o las definiciones de un Vargas Llosa, por ejemplo— como por medio de decisiones “pragmáticas” como las que se adoptan actualmente desde América Latina hasta China, la Unión Soviética o Vietnam.

La convicción importa

PERO SE DIRÍA QUE LA ACEPTACIÓN del papel que le cabe a la ideología tiene su importancia respecto de los efectos que realmente se pueden lograr en una sociedad.

Sin querer dejar de ser socialista, Mitterrand puede haber endosado criterios que no se conocen como otra cosa que liberales. Pero la velocidad y el alcance de estos cambios parecen menores de los que se producen cuando sectores dirigentes impulsan esas transformaciones con un definido apoyo ideológico. En sólo dos años de gobierno mayoritario, el ex-primer ministro francés Jacques Chirac produjo mayores cambios en el funcionamiento del mercado francés que los que también se había propuesto —en la misma dirección, pero implícitamente— su predecesor socialista Laurent Fabius. Y valga este ejemplo para no citar los cambios que obtuvieron gobiernos fuertemente ideológicos, como los de Ronald Reagan o Margaret Thatcher.

¿Qué lleva a los gobernantes a defender hoy posiciones que no son otra cosa que liberales? Algunos —los menos— lo hacen a partir de convicciones profundas. Son los que llegan más lejos. Otros, una mayoría en el mundo, lo hacen cautelosamente porque perciben que sus opiniones públicas —haya votos o no de por medio— han cambiado imperceptiblemente de opinión. Eso es lo que se llama, precisamente, el cambio de una ideología dominante por otra.

¿Y por qué cambia el predominio de una ideología por otra? Aunque el interrogante exige un tratado, cabe proponer una síntesis en estos términos: a fines del siglo XX vivimos la posición ventajosa que brinda esta época. O sea, que se pueden comparar las ideologías existentes no sólo por sus planteos teóricos sino por los efectos prácticos que produjeron en el siglo. No hace falta más para que el ciudadano común se forme una opinión sin necesidad de ser un experto en sociología.

Germán Sopena (periodista argentino)